

MIÉRCOLES DE CENIZA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
13 de febrero de 2013
Jl 2, 12-18; Sal 50; 2Cor 5, 20-6, 2; Mt 6, 1-6, 16-18

Ahora es tiempo favorable. Con estas palabras de San Pablo, queridos hermanos y hermanas, la Iglesia nos invita a comenzar el ejercicio cuaresmal. *Ahora es tiempo favorable.* Lo podríamos decir de otra manera: "ahora es el buen momento". Según la enseñanza de la Sagrada Escritura, el designio de Dios ofrece a cada persona su tiempo oportuno, un tiempo determinado, favorable, y hay que aprovecharlo sin dejarlo pasar. Ahora, pues, nos es dado el tiempo cuaresmal para reconciliarnos con Dios, para acoger el perdón y la gracia que nos son ofrecidos por Jesucristo, para reconciliarnos con los hermanos. Nos encontramos en un momento privilegiado para corresponder al amor que Dios nos tiene, en un momento privilegiado para prepararnos a la renovación de este amor en la próxima Pascua. En la renovación que nos hace Dios con la gracia de los sacramentos pascuales está la renovación que nosotros queramos hacer de nuestros compromisos bautismales para renovar nuestra adhesión a Cristo.

La Palabra que nos ha sido proclamada nos da unas pautas para vivir de una manera provechosa este *tiempo favorable*, para volver de todo corazón a Dios del cual nos hemos apartado con nuestro pecado y con nuestra negligencia espiritual.

Una de las pautas es el llanto. La primera lectura nos ofrecía el ejemplo de los *sacerdotes* del templo de Jerusalén que oficiaban *en la presencia del Señor* y eran invitados a llorar invocando el perdón divino. Pero el mismo profeta Joel ya nos advertía que lo que importa no son tanto las lágrimas de los ojos como las del corazón, las del dolor interior por no haber correspondido como se debería al *amor* que Dios nos tiene.

Una segunda pauta para vivir este *tiempo favorable* es la oración. Una oración sincera, confiada, hecha a corazón abierto, de tú a tú con el Padre del cielo, una oración que tiene como gran modelo la oración del Padrenuestro que nos enseñó Jesús. En la oración cuaresmal, debemos expresar el arrepentimiento interior, la conciencia dolida de nuestras negligencias y de nuestros pecados, tal como la expresaba el salmo responsorial al decir: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa.*

En otras palabras, podemos decir que la Palabra de Dios nos invita a vivir *el tiempo favorable* que es la cuaresma desde la compunción. Es decir, desde el reconocimiento de nuestra realidad pecadora y limitada, pero a la vez desde el sabernos profundamente amados y perdonados por Dios, sea cual sea la calidad de nuestros faltas. Este amor divino por cada persona, manifestado sobre todo en la cruz de Jesucristo, nos maravilla cuando lo comparamos con nuestra poquedad y nos estimula a una mayor correspondencia al querer de Dios. El llanto espiritual de la compunción hace brotar la paz y la alegría en nuestro interior para que, al reconocer humildemente *las faltas*, Dios nos devuelve *la alegría de su salvación*. Esta es precisamente la vivencia del sacramento de la reconciliación.

Otra de las pautas para este tiempo que nos da la Palabra proclamada es el ayuno, el privarse de algo de la comida, la bebida, ..., y lo podríamos extender también a las cosas que nos atraen o que nos distraen ... y aún a hacer un uso más moderado que los otros días del año de los medios de comunicación, de la tv, del teléfono y de las nuevas tecnologías. Se trata, con el ayuno entendido en este sentido amplio, de hacer

participar el cuerpo de la actitud de dolor interior por la poca o nula correspondencia al amor de Dios; de hacer participar al cuerpo de la actitud de una mayor atención espiritual para renovar nuestra fidelidad al Evangelio. El ayuno, no obstante, como el llanto, no debe ser ostentoso. Lo decía Jesús: *Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmame la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre.*

Hay todavía una cuarta pauta para vivir *el tiempo favorable* de la Cuaresma: la limosna, el compartir solidariamente los bienes que tenemos con *quienes lo necesitan*. Compartir los bienes materiales, lo que en la situación de crisis que vivimos es muy necesario. Pero, también compartir otras cosas de nuestro bagaje personal: conocimientos, tiempo con los ancianos y los enfermos, hacer tareas de voluntariado, etc.

En este año de la fe, la cuaresma debe ser un momento fuerte de preparación, porque borrando nuestras negligencias, renovemos la opción radical por Jesucristo y reafirmemos los compromisos bautismales en la celebración de la Pascua. El Santo Padre Benedicto XVI, que estos días últimos de su servicio a la Iglesia como obispo de Roma y sucesor de Pedro llevamos más en la oración, subraya, en su mensaje para la cuaresma de este año, el vínculo profundo que hay entre una fe renovada por un espíritu de conversión y el amor desinteresado que se expresa en obras como la limosna. Conocemos el amor gratuito de Dios -dice el Santo Padre- mediante el anuncio del Evangelio. Si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto – indispensable – con lo divino, capaz de hacernos «enamorar del Amor», para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás. Toda la cuaresma está impregnada de ese Amor divino hacia nosotros. Y nuestro proceso de conversión y de renovación también debe estar motivado por el amor para corresponder al Amor de Dios. Toda la vivencia de la fe cristiana es respuesta al amor de Dios manifestado en su Hijo Jesucristo (cf. Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma de 2013).

La ceniza que ahora, con espíritu de compunción, nos disponemos a recibir, nos recuerda nuestra fragilidad y nuestra mortalidad. Pero sobre todo hace que nos reconozcamos como pecadores que confían solamente en el amor de Dios que generosamente otorga su perdón a los corazones arrepentidos, y que por Jesucristo y en Jesucristo nos llama a una vida dichosa más allá de la muerte.